

Montevideo futuro

El Puerto de Pescadores

Falta a Montevideo, puerto de mar, el sabor que el privilegio de su situación podría agregar a su carácter. Despreocupadamente, se ha malgastado un tesoro de belleza separando a la ciudad de sus costas, borrando la visión del mar, haciendo por mucho tiempo inaccesible a los tranquilos vecinos una gran parte de sus pintorescas orillas, porque, si se exceptúa la región de las playas, algo excéntrica y por lo mismo no del todo cómoda, el resto de la costa no cuenta como lugar de esparcimiento y de agradable reposo.

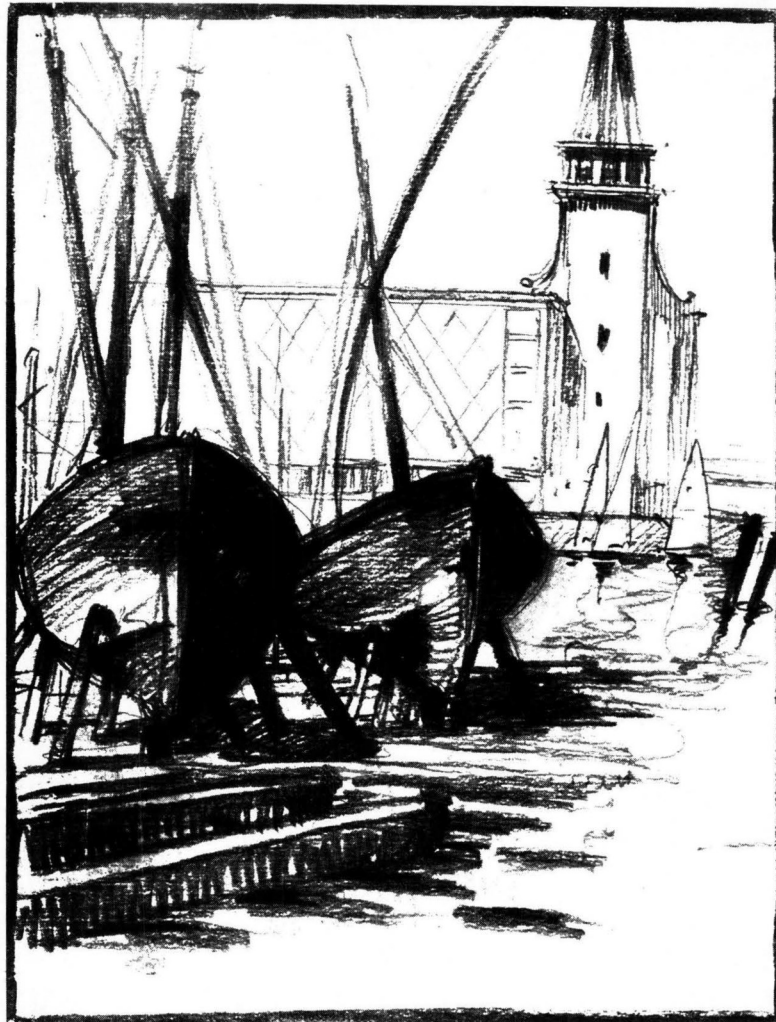
Nada ha ganado Montevideo alejándose del mar, que sólo a veces, cerrando el fondo de una calle, aparece a nuestros ojos como un lejano telón de raso, detrás del cual se engendra la fresca virazón de las tardes estivales o los recios pamperos cargados de salitre y de olor marino, perspectiva dilatada de amplio horizonte hacia un extremo, perspectiva de puerto hacia el otro, con un confuso arabesco de mástiles, de jarcias, de chimeneas, velado por los chorros de vapor o el humo espeso de los remolcadores en una explosión de color, de ruido y movimiento. Espectáculo que, en su pura belleza, hace nacer la nostalgia de otros horizontes, motivo evocador, bajo el sol radiante, de algún lejano y rumoroso puerto levantino, todo color sobre el puro azul del Mediterráneo, o que trae, en las horas grises del crepúsculo el recuerdo de un puerto nórdico diluido en la bruma. ¿Porqué haber sacrificado esa fiesta del movimiento y del color que es

un puerto interponiendo los fríos muros de los hangares aduaneros?

Si bien se han puesto en valor las playas, no hemos sacado de la vecindad del mar todo el partido que nos ofrece. Lo pintoresco nos ha escapado y junto con lo pintoresco mucho de lo útil. Y un tema que reúne esas dos facetas con un carácter bien marino es el Puerto de Pescadores, fantasía que el dócil lápiz del arquitecto Julio Vilamajó ha llevado al papel, dándole todo el sabor de que es capaz su imaginación y su temperamento.

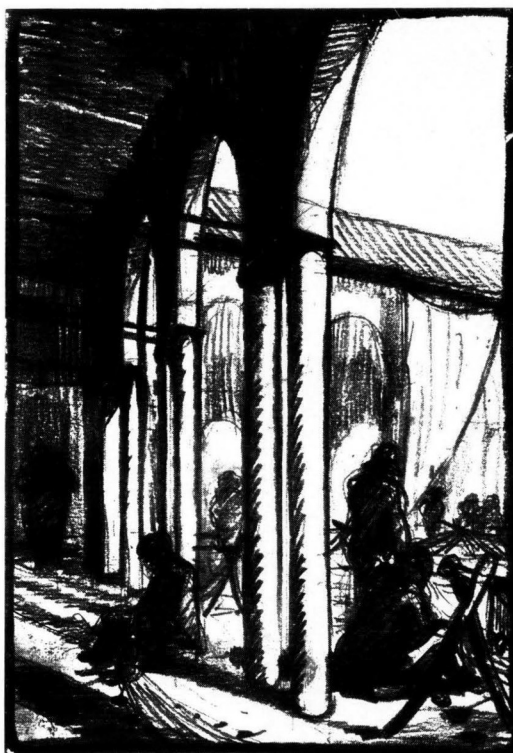
Nuestra costa ofrece puntos donde podría tener ubicación lo que ha forjado la fantasía de Vilamajó. En alguno de sus meandros o ensenadas, al abrigo de los vientos fuertes, podría nacer así un motivo más de atracción para nuestro carácter de ciudad marítima, con su vida inquieta y productiva, como la de los puertos de pesca de la costa vasca, animados por una población de hombres de bronce con ingenuos ojos color de mar que en el reposo del puerto, en la sala ahumada de alguna taberna marinera, tuentan en su lengua sonora la atracción de la vida azarosa mientras la sidra chispeante y dorada burbujea en los jarros.

En los grabados que ilustran estas páginas, Vilamajó relata los aspectos pintorescos de su proyecto, el varadero, el secadero de redes, el pórtico del mercado de peces, interesantes notas que completan el estudio arquitectural del tema. Hemos dejado deliberadamente de lado el aspecto utilitario del asunto porque nos parece innecesario destacar la enorme



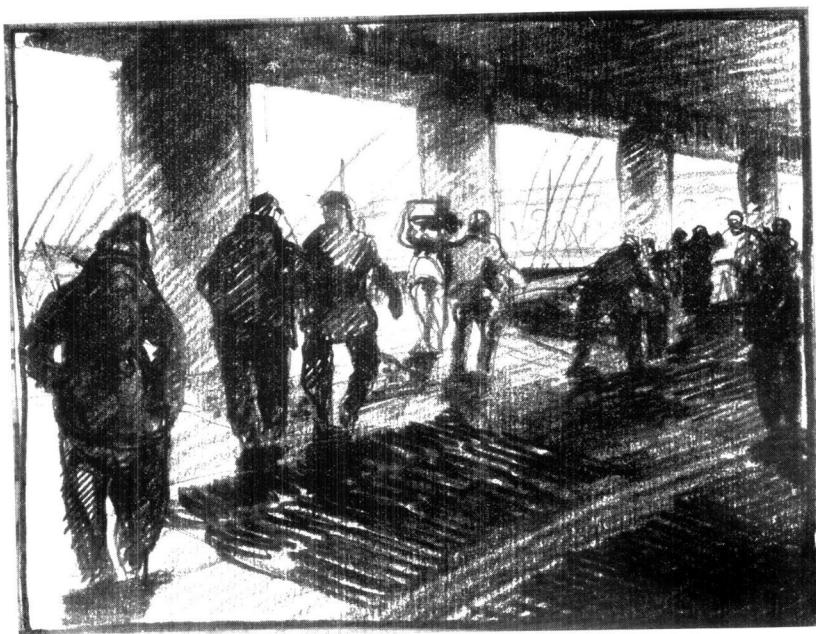
EL VARADERO

ARQUITECTURA



EL PÓRTICO DEL SECADERO

ARQUITECTURA



EL PÓRTICO SOBRE EL MAR

ARQUITECTURA

importancia que para nuestra industria pesquera tendría la realización de un proyecto que organizaría sus actividades; en cambio queremos destacar lo que podría conseguirse como nota original y de carácter si se atiende también a la faz artística y pintoresca, por desgracia en

otros casos, muchas veces olvidada, en un asunto que tiene en sí mismo elementos de tanta belleza sugestiva, de tanto color y dinamismo como el mismo mar que en la abrigada dársena arrulla con la canción de sus olas el descanso de las barcas multicolores.



EL SECADERO DE REDES